

Los «tupamaros», la guerrilla «Robin Hood»

Carlos Demasi

Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Universidad de la República de Uruguay

Dentro de la ola de guerrillas que se expandió por América Latina en los años 60 el MLN-Tupamaros (o los «tupamaros») mostraba características bastante alípicas si se tomaba en cuenta el estilo que era común en la época. Era llamativo el país donde surgieron: Uruguay, que hasta el momento parecía, junto con Chile, de las democracias más estables de Sudamérica. También era original su estrategia de acción: contrariamente al ejemplo proclamado por el Che Guevara, este grupo no seguía el formato de guerrilla rural sino que actuaba en espacio urbano. Pero sin duda lo que más llamaba la atención era su estilo de accionar, que en la época se lo denominó «estilo Robin Hood»: algunas de sus acciones implicaban una redistribución de la riqueza por la vía de los hechos, quitando bienes a los ricos para entregarlos a los pobres. Sus operaciones, generalmente incruentas, tenían un estilo elegante que dejaban en ridículo a las fuerzas represivas.

Esta «etapa Robin Hood» tuvo un gran impacto mediático que les otorgó una gran popularidad. Sin embargo, al cabo del tiempo los tupamaros fueron definiendo sus acciones en una perspectiva más convencional, apelando a acciones

armadas más arriesgadas y sujetas a imponderables que resultaban peligrosos para terceros. En ese camino los asesinatos, las emboscadas, los secuestros y los robos con saldo de víctimas fatales se transformaron en la «normalidad» de la acción guerrillera. Esto fue aprovechado por el gobierno que utilizó sus recursos propagandísticos para provocar el aislamiento de la guerrilla, preámbulo de su derrota definitiva. Sin embargo, algo de aquel estilo de acción fue recuperado por los tupamaros ya en la legalidad, y se ha transformado en uno de los factores de su éxito en la política uruguaya.

La lucha armada como opción

Desde sus confusos comienzos, el MLN se planteó la opción entre dos estrategias que derivaban de una diferente evaluación de las prioridades. ¿La acción del grupo debía orientarse a organizar inmediatamente el aparato armado, o primero debía realizar su trabajo político en organizaciones de masas? Si lo primero era la organización del aparato armado, entonces eso suponía trabajar en condiciones de clandestinidad y al margen de los movimientos sociales hasta lograr la consolidación de una estructura suficientemente fuerte que pudiera sobrevivir a los enfrentamientos con la policía; pero si la prioridad era la vinculación con las masas, debía profundizarse el trabajo en los movimientos sociales antes de la organización del aparato militar. En su momento se consideró que esto suponía dos riesgos muy serios: la posibilidad de ser detectados tempranamente por la policía, y la perspectiva de enredarse en interminables discusiones teóricas con otros grupos de izquierda. En la disyuntiva, en esos momentos fundacionales, el grupo originario optó por la lucha armada. Esta opción brindaba ventajas inmediatas —daba tiempo suficiente para organizarse antes de iniciar las operaciones militares—, pero implicaba postergar la relación con las organizaciones de masas, algo que más adelante se iba a manifestar como un problema.

En el texto denominado «Algunas respuestas» se define la especificidad del MLN en el contexto de la izquierda uruguaya: «de [la izquierda] nacimos y de ella nos

separamos para adquirir personalidad propia» a partir de definiciones «que en los orígenes marcaron esa escisión y nuestra naciente personalidad»¹, definida por la reivindicación de la lucha armada como vía de acceso al poder. El desinterés por los debates sobre estrategia estaba compensado por la confianza en que la acción armada derivaría en «esclarecimiento» de las masas como expresaban en la fórmula «la acción genera conciencia» una forma de acción política que, como señalaba Real de Azúa, «sobre todo cuando es acción radical y juvenil tiene en común con la artística el ser más expresiva que racional»².

La opción por la lucha armada apenas tomaba en cuenta la articulación con los movimientos sociales. En lo que puede suponerse un complejo proceso de negociación interna, la urgencia por la puesta en funcionamiento de la organización armada parece haber postergado análisis (no menos urgentes) sobre el impacto de la violencia revolucionaria en la sociedad uruguaya «la historia no dio el tiempo para que se produjera», confiesa Fernández Huidobro³. Algo de las discusiones originales perduraba en 1971 cuando se hacía el relato de esos acontecimientos y señalaban argumentativamente la «paradoja» de que una organización revolucionaria no reivindicara sus acciones, contraponiéndola «a tanta búsqueda fácil de gloria, a tanto uniforme y brazalete usado prematuramente, a tanto manifiesto incendiario lanzado antes de tiempo, a tanta bulla estéril», y agregaban:

[...] de allí data una vieja acusación contra el MLN: «están aislados de las masas». No es verdad, estábamos aislados de la militancia en el frente de masas antes para poder estar conectados a las masas

¹ «Algunas respuestas», en José HARARI, *Contribución a la historia del M.L.N.*, Montevideo, Mario Zanochi Editor, 1986, p. 340.

² Carlos REAL DE AZÚA, *Partidos, Política y Poder en el Uruguay (1971 Coyuntura y pronóstico)*, Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias, 1988, p. 105.

³ Citado en Alfonso LESSA, *Estado de guerra*, Montevideo, Fin de siglo, 1996, p. 204.

ahora. Quienes nos acusaban no estaban conectados antes ni están conectados ahora⁴.

La opción por la acción clandestina, tan claramente asumida por el grupo, implicaba otro riesgo que no parece haber sido cabalmente tomado en cuenta: para que «la acción genere conciencia» no debe tener ambigüedades, y eso es más de lo que un simple gesto puede lograr. Como lo ha señalado Francisco Panizza, «no es en verdad la «acción» la que crea (o no) conciencia, sino el conjunto de signos que emanan de cada acción»⁵; el sentido de las «acciones revolucionarias» puede significarse de manera distinta por distintos receptores, e incluso en éstos el significado puede variar con el tiempo. La adjudicación de sentido está vinculada a poderes socialmente jerarquizados y entre éstos, el Estado es el más importante: «...el narrador no es la persona que “inventa” la historia sino la que controla los códigos y es capaz de compartirlos con sus escuchas. En otras palabras, es quien tiene la hegemonía político-ideológica sobre la población»⁶. El despliegue de esa estrategia por la guerrilla concede claras ventajas al Estado, que es capaz de definir discursivamente el campo en el cual se desarrolla la violencia, seleccionar los interlocutores, adjudicarles discursos y roles e incluso elegir el momento para cambiar de talante y pasar a actuar por fuera de sus propios marcos legales. Así le construía sentido a las acciones guerrilleras neutralizando las posibilidades, siempre limitadas, de quienes habían optado por la acción clandestina.

Todo este planteo supone la existencia de un tercer interlocutor, que generalmente permanece mudo en estos enfrentamientos pero que juega un papel decisivo: la sociedad en su conjunto. Es en ella que el MLN quería «generar conciencia», y es su representación legítima la que el poder político reclama para enfrentarse a la guerrilla. Invocado por las dos partes y objeto de los intentos de

⁴ «Algunas respuestas», en J. HARARI, *op. cit.*, p. 340. Las huellas de este debate entre «teoricistas» y «militaristas» se han mantenido por muchos años, y aún pueden rastrearse en publicaciones más recientes.

⁵ Francisco PANIZZA, *Uruguay, batllismo y después*, Montevideo, EBO, 1990, p. 176.

⁶ F. PANIZZA, *ibid.*, p. 179.

utilización por uno y otro bando, el colectivo aludido como «el pueblo» permanece como espectador en una actitud que sin embargo, no implica la neutralidad: no solamente el gesto explícito sino también el silencio puede ser interpretado como apoyo al Estado en una lectura que alinea todas las opciones en un mismo eje y deja aislado cualquier apoyo explícito a los grupos armados. Sin embargo, los fundadores del movimiento guerrillero encontraron un recurso que les permitió neutralizar esas ventajas y transformarse rápidamente en un agente «simpático» que desde «el lado del pueblo» hostigaba a un gobierno represor.

La «etapa Robin Hood»

Con certera intuición, las primeras operaciones de los tupamaros apuntaron a mostrar los límites de la represión, en dos dimensiones diferentes: el reparto de alimentos robados y los golpes «limpios», sin efusión de sangre. Se trataba de operaciones perfectamente planificadas y ejecutadas, que apuntaban a objetivos precisos y desdeñaban otros que podían ser obvios⁷. Así comenzaron a llamar la atención de la prensa y a perfilarse como un grupo «diferente»:

Para las fiestas de 1963 varias barriadas pobres de Montevideo son sorprendidas con un inesperado regalo: camiones robados a grandes almacenes quedan a su disposición. Los más propensos a la fábula agregan también juguetes⁸.

Estas primeras acciones públicas afectaban a sectores generalmente considerados «intocables» y lo hacían con gracia y estilo, casi como *performances*. El robo del Casino de San Rafael o el asalto a una institución financiera semi-clandestina vinculada con algunas figuras del gobierno, operaciones marcadas por toques de *fair play* que reforzaron la imagen de la organización como justicieros que quitaban al rico para ayudar al pobre. A fines de febrero de 1969 coincidieron

⁷ Alejandro Otero, el comisario a cargo de la represión del MLN, era también árbitro de fútbol y se exponía arbitrando en canchas de barrio. Nunca sufrió un atentado.

⁸ Santo BIASATTI, «GENTE con los Tupamaros», *Gente*, Buenos Aires, 15 de agosto de 1968, p. 8.

las dos acciones. Por un lado el MLN anunció que había entregado a un juez penal los libros de contabilidad robados a *Financiera Monty*, una institución semiclandestina colateral de una casa bancaria de plaza de la que un ministro de Estado era principal accionista: los damnificados no habían denunciado el hecho a la policía, al parecer no sólo porque sus actividades eran ilegales sino además porque en los libros sustraídos aparecían figuras del gobierno involucrados en maniobras financieras. Simultáneamente robaron toda la recaudación del Casino de San Rafael (Punta del Este) y ofrecieron la devolución del porcentaje que correspondía a propinas a los funcionarios. Mientras se presentaban como los ladrones que denunciaban robos y que ofrecían devolver dinero, un oportuno incendio en el local de la financiera destruyó toda la documentación, y el gobierno amenazó hoscamente a los funcionarios del Casino con un procesamiento por «encubrimiento» si aceptaban la oferta de devolución del dinero. El desnivel de actitudes era demasiado evidente como para que el MLN no resultara beneficiado con la comparación.

En una interesante serie de entrevistas que María E. Gilio publicó en el semanario *Marcha* a mediados de abril de ese año, los entrevistados (trabajadores rurales y pequeños artesanos) expresaban su opinión; si bien afirmaban no conocer los objetivos de la organización, varios los identificaban como «revolucionarios». En las respuestas ya predominaba una imagen del MLN como «delincuentes atípicos» que resultaba muy atractiva. Lo llamativo es que todos coinciden en calificarlos positivamente: «¿Usted vio alguna vez un ladrón devolviendo plata?» pregunta uno de los entrevistados⁹.

Por esa razón, cuando un anónimo periodista de la revista *Time* publicó un artículo titulado «Los Robin Hood de la guerrilla», logró identificar con precisión el mito de referencia. El juicio del periodista era francamente positivo:

⁹ María E. GILIO : «¿Qué son para Ud. los Tupamaros?», *Marcha*, Montevideo, 11 de abril de 1969, p. 14-15. Entrevistas realizadas en la ciudad de Maldonado y en la zona rural próxima.

[...] despiertan admiración y simpatía entre los 2.600.000 uruguayos. Sus osadas y bien planeadas acciones, su habilidad en las relaciones públicas, su sentido del humor y su estilo, les confieren la imagen de modernos Robin Hood, robando al rico para dar al pobre, exponiendo los errores y la corrupción y riéndose del gobierno en sus narices. Aunque ha habido varios robos de armas de los arsenales gubernamentales, han sido poco utilizadas. Quizás los tupamaros quieran evitar herir inocentes y manchar su reputación de Robin Hood¹⁰.

Simultáneamente con la publicación de este artículo en la prensa, se hizo público el pedido de disculpas del MLN a un conocido relator deportivo por haberle cortado la transmisión de un importante partido de fútbol para irradiar una proclama del Movimiento.

Durante la llamada «etapa Robin Hood» las acciones del MLN apuntaron directamente a crear apoyos en una población que veía, entre sorprendida y divertida, cómo un pequeño grupo ponía en jaque a la policía. En ese momento sus acciones lograban consenso porque coincidían con el margen de disidencia que la sociedad se permitía. Como una proyección subconsciente, cada uno veía en el MLN la materialización de los difusos deseos de justicia dispersos en la población: representaban la reacción del «ciudadano de a pie» contra la prepotencia de los burócratas y la arrogancia de los poderosos.

En ese contexto la estrategia del MLN se definía con bastante claridad, apuntando a la captación de una masa importante que aparecía al margen del conflicto guerrilla-gobierno ; ese es, sin duda, el momento en el que predomina la «lógica política» en cuanto consideraba al escenario como constituido por un complejo de fuerzas que había que manejar separadamente: el enemigo era «la

¹⁰ «Los Robin Hood de la guerrilla», *Marcha*, 23 de mayo de 1969, p. 21. El artículo de *Time* era del 16 de mayo.

oligarquía» que «utilizan las instituciones armadas para reprimir al pueblo»¹¹; la población era la masa a conquistar. Pero ya el anónimo periodista de *Time* apuntaba a uno de los problemas que por entonces se planteaba a los observadores: ¿cuánto podría durar esta actitud? ¿Qué ocurriría en el momento que la organización pasara a realizar acciones más duras?

Cuando en la prensa en general se traslucía la actitud favorable de buena parte de la población en la que concitaban aprobación como «revolucionarios» que «castigan a los ricos», ya estaba planteado el tema del enfrentamiento con la policía y este si debía llevarse hasta sus últimas consecuencias. En el artículo antes citado, M. E. Gilio transcribe la opinión de un entrevistado (electricista, en la ciudad de Maldonado) que afirma rotundamente: «ésos no son revolucionarios» porque «cuando la policía los encuentra, los agarra como pajaritos»; a su juicio un revolucionario debía resistirse al arresto; la posibilidad de provocar víctimas inocentes en los enfrentamientos no le parecía relevante ya que «cuando uno quiere implantar ideas por la fuerza no puede detenerse en pequeñeces». Estas afirmaciones promueven un curioso debate ya que otra persona, identificada como «un amigo del electricista», interviene para dar su opinión contraria: «La muerte, en este caso, no trae aparejado ningún bien de carácter revolucionario y por el contrario puede crear las condiciones para que la policía abandone su actual actitud y empiece a matar antes de preguntar»¹². Llamativamente, es este y no su amigo «violentista» el que deja en claro que no es tupamaro.

Las opiniones de los vecinos de la ciudad de Maldonado parecen ser expresión de una actitud más generalizada. Los mismos voceros de la organización se congratulan de su popularidad y el Documento N°4 (enero de 1969) declaraba con tono triunfalista: «Una encuesta universitaria nos adjudicaba a mediados del año pasado un respaldo popular superior al obtenido por toda la izquierda junta en las últimas elecciones». La frase revela el optimismo con que evaluaban su todavía

¹¹ «Carta Abierta», diciembre de 1967, publicada en J. HARARI, *op. cit.*, p. 226.

¹² M. E. GILIO, *op. cit.* p. 15.

breve actuación pública. Pero es un estado de espíritu y no un dato de la realidad: atribuían su éxito a las acciones «auténticamente revolucionarias» de la guerrilla y no tomaban en cuenta los gestos «Robin Hood».

El giro estratégico

Aunque las acciones espectaculares y precisas hacían la fama de los tupamaros, muy pronto apareció dentro del movimiento la intención de tomar distancia de estos golpes «gentiles».

Resulta curioso comprobar que esas acciones y otras posteriores que generaron comentarios elogiosos, para la dirigencia carecían de verdadera «jerarquía» revolucionaria; es claramente perceptible en el balance que hacía E. Fernández Huidobro ante las preguntas de A. Lessa en 1996:

Si se analiza todo el 68, lo que hicimos fue poco, golpecitos, aunque muy espectaculares, muy bien elegidos, grandes maniobras. Eran publicistas estos tipos más que guerrilleros, porque le daban al hombre justo en el momento justo. Pero como operación militar, desde el punto de vista de una guerrilla clásica, no era nada³.

Se explica así que ni siquiera aparezcan mencionadas como una forma válida de acción en los análisis estratégicos, donde se hace caudal de su «espectacularidad» sin reparar su impacto positivo sobre la población. Parece clara la urgencia por pasar a formas de lucha más acordes con las de una guerrilla convencional sin que se valorara adecuadamente el impacto que provocaría el cambio de estrategia, en el momento preciso en que el accionar del movimiento le atraía los mayores índices de popularidad. El Documento N° 4 lo expresa así:

Hemos engendrado una dinámica en la que el retroceso es igual a la claudicación o sólo se compadece con ella. Ahora, si tenemos fe y confianza en el pueblo, en nosotros, en nuestras ideas, sólo cabe ir

³ Citado en A. LESSA, *op. cit.*, p. 202.

para adelante en una opción de hierro planteada una vez más y ya sabida desde hace mucho tiempo, pero quizás nunca con tanto calor. Esa opción alguien la expresó así: «EN LAS REVOLUCIONES, CUANDO SON TALES, SE TRIUNFA O SE MUERE»¹⁴.

La frase del Che parece involucrar una crítica a toda actividad revolucionaria que dejara más alternativas que solamente «vencer o morir». En la urgencia por realizar acciones más violentas también parece incidir la opción urbana como excepcionalidad operativa. La innovación del MLN contrariaba la experiencia insurreccional latinoamericana; y así aparece un conflicto entre las acciones típicamente guerrilleras y el tipo de las que los tupamaros planeaban y ejecutaban. Llamativamente, los documentos de la organización abundan en citas de teóricos como Régis Debray o de otros guerrilleros, como el Che o Douglas Bravo, a la vez que representan discursivamente la ciudad como un ámbito similar (aunque no igual) a la selva¹⁵. Aunque la ciudad puede parecer un ámbito más amistoso para el combatiente que le proporciona la cobertura del anónimo y le brinda facilidades logísticas impensables en el medio rural, en las calles los guerrilleros también arriesgan (y a veces pierden) la vida.

También la relación con el resto de la izquierda uruguaya parece influir en esta actitud. Los tupamaros surgieron en el seno de una izquierda que se caracterizaba por su tendencia enfermiza a la fragmentación y ésta, según los fundadores del MLN, derivaba de la fácil discusión teórica. De allí que rechazaran los debates teóricos y que le dieran más importancia a las acciones, argumentando que «las condiciones subjetivas se crean luchando».

Estas opciones tan rotundas y tan ajenas a las tradiciones de la izquierda reclamaban que el movimiento fuera creíble, y para eso debían actuar como «una guerrilla clásica» (es decir, con acciones militares) y no como «publicistas»; menos

¹⁴ «Documento N° 4», en J. HARARI, *op. cit.*, p.269. Énfasis original.

¹⁵ Por ejemplo, ver «Documento N° 4», § «1. La Organización», en J. HARARI, *op. cit.*, p. 275-283.

declaraciones y más acciones concretas los ayudaba a insertarse en el ámbito de las guerrillas latinoamericanas y a diferenciarse de la izquierda uruguaya «bastante, y hasta por los codos, se hablaba en el Uruguay en materia política; al punto que ya nadie creía en nada ni en nadie»¹⁶. Para cumplir estas operaciones –vistas como el método principal– toda la organización se estructura como un grupo militar pero no está claramente definido el lugar que ocuparía la lucha política ni el carácter de las acciones armadas. El MLN quedó encerrado en algunos análisis poco elaborados: la subestimación del potencial del ejército (y por consiguiente, la sobrevaloración implícita de su propia capacidad) y una previsión de la dinámica de los sucesos que finalmente no se cumplió.

En un documento de julio de 1967, el MLN analizaba así a las Fuerzas Armadas:

El aparato represivo es relativamente débil (con relación al resto de América Latina) ya que el ejército, marina y aviación suman 12.000 hombres, de los cuales seis mil tienen asiento en Montevideo. Su organización es para la guerra clásica. El reclutamiento se efectúa entre desocupados rurales fundamentalmente. No existe servicio militar obligatorio, lo que significa que no existen reservas movilizables. Depende para su aprovisionamiento en materia de armamento y aprovisionamiento, en forma total, del exterior. La policía –22.000 hombres– cuenta con tres cuerpos militarizados que en total reúnen 1.300 hombres¹⁷.

Muchas veces se ha señalado como un error bastante común en los movimientos guerrilleros de la época la tendencia a subestimar el poder del enemigo. En el imaginario tuvo más peso la imagen de los guardias de Batista vendiendo sus fusiles a los guerrilleros que los resultados de las experiencias latinoamericanas: no ocurrió que las guerrillas derrotaran a verdaderos ejércitos sino a guardias nacionales, de estructura y organización mucho más débil. Poco después de la

¹⁶ Eleuterio FERNÁNDEZ HUIDOBRO, *Historia de los tupamaros*, Montevideo, TAE, 1986, vol. III, p. 72.

¹⁷ «Documento N° I», en J. HARARI, *op. cit.*, p. 234.

difusión de este documento el Che Guevara era derrotado y asesinado por el ejército supuestamente más débil del continente; pero este hecho se explicó con argumentos circunstanciales, sin que se viera la necesidad de replantearse la estrategia. Los documentos del MLN transmiten una suerte de optimismo teórico, sustentado en la idea de que «los principios básicos de una revolución socialista están dados y experimentados en países como Cuba, y no hay más que discutir»¹⁸. Un portavoz de la organización vaticinaba en 1970:

[...] una de las eventualidades que se puede manejar es la intervención de los Estados Unidos, directamente o por intermedio de los ejércitos de los países limítrofes. En este caso la lucha tendría un carácter nacional contra un ejército invasor y serían las condiciones de hecho que se creen para que la propia dialéctica de esa lucha nos lleve a un nuevo Vietnam¹⁹.

La escasa elaboración del tema de la violencia parece sugerir una explicación posible: quizá existía la idea de que no sería necesaria tanta violencia; el movimiento se volvería demasiado poderoso, las FFAA no podrían enfrentarlo y entonces se produciría una intervención brasileña. Eso haría posible una unión de hecho entre las FFAA y el MLN contra el invasor extranjero. Esperando ese momento, los tupamaros continuaron sus acciones sin percatarse que su estrategia se estaba agotando. «La otra parte fue rápida en tomar las decisiones y en cambiar las estrategias», reconoce Fernández Huidobro²⁰. La dirigencia percibió que sus acciones tenían menos impacto, y en el Documento N°4 de enero de 1969²¹ proponían la realización de «ataques sistemáticos donde puedan participar sectores cada vez más amplios de compañeros y de pueblo»²². No aparece ninguna indicación del tipo de ataques que imaginaban, pero seguían confiando en que, como

¹⁸ «30 preguntas a un Tupamaro», junio de 1968, en J. HARARI, *op. cit.*, p. 212-213.

¹⁹ Leopoldo MADRUGA, «Tupamaros y gobierno: dos poderes en pugna», septiembre de 1970, en J. HARARI, *op. cit.*, p. 320.

²⁰ Citado en A. LESSA, *op. cit.*, p. 204.

²¹ «Documento N° 4», en J. HARARI, *op. cit.*, p. 272.

²² *Ibid.*

resultado natural, estas acciones multiplicarían la adhesión. La segunda mitad del año 1969 permitió observar modificaciones en la actividad de la guerrilla: la toma de la ciudad de Pando — que rompió la serie de acciones incruentas — y el asesinato de un policía en un ómnibus capitalino, comenzaron a mostrar una faz más sombría de la lucha armada.

La serie de acciones de la guerrilla alcanzan un clímax en agosto de 1970 cuando se produjo el secuestro de tres extranjeros vinculados — de diferentes maneras — al cuerpo diplomático y uno de ellos, el «asesor de seguridad» norteamericano Dan Mitrione, apareció asesinado luego de tensas negociaciones con el gobierno y operativos permanentes de la policía. En este caso se trató de una operación que (de acuerdo a los criterios de la organización) fue realizada «limpiamente» pero representó otra pérdida importante de apoyo popular. La prensa, que había hecho mucho caudal de los riesgos de la toma de Pando para los habitantes de la zona, editorializó sobre las condiciones en que se encontró el cadáver de Mitrione : «esposado con alambres», muerto de un disparo en la nuca. La acción implicaba la pérdida de los referentes éticos tan fuertemente enunciados en oportunidad de las primeras acciones; esto erosionaba la credibilidad de los proyectos de la guerrilla y atacaba directamente sus bases del apoyo popular; pero la dirigencia no pareció percibirlo. Un mes más tarde del asesinato de Mitrione, un periodista cubano, Leopoldo Madruga, interrogó directamente a un portavoz de la organización (identificado sugestivamente con el nombre de «Urbano»), sobre los motivos que llevaron a «sentenciar a muerte y ejecutar a Mitrione». «Urbano» respondió señalando el carácter de agente de la CIA del secuestrado y sus actividades en Montevideo, y agregaba:

La ejecución de la sentencia sobre Mitrione implica no sólo una responsabilidad del movimiento frente a su pueblo; implica, además, una responsabilidad del movimiento frente a otros movimientos revolucionarios de América Latina.

Es llamativo observar la vaguedad con la que «Urbano» alude a la «responsabilidad» asumida con otros movimientos revolucionarios y con el «pueblo». También le cuesta evaluar los efectos de la operación: preguntado si la «ejecución» de Mitrione no le había significado «pagar» un precio inmediato de impopularidad visto «el grado de politización de las masas uruguayas», «Urbano» tiene dificultades para encarar la respuesta; hace un comentario lateral («No creo que el pueblo uruguayo esté despolitizado») pero ante la insistencia del periodista termina admitiéndolo: «Sí, creo que en este país una acción que implique la muerte sigue pagándose cara...». Más adelante, una respuesta más articulada se situó en un plano completamente diferente:

[...] hay acciones que importan mucho en un proceso revolucionario y no siempre son comprendidas en forma inmediata por el pueblo [...] ese ajusticiamiento tiene un significado muy importante para la guerra que se desarrolla contra el régimen²³.

Una afirmación de esta índole cuestiona la pertinencia del principio de «la acción genera conciencia»: si éste fuera cierto, entonces no podría ocurrir que las acciones fueran incomprensibles, pero si ocurría, esta falla de la comunicación significaba que el postulado de base era erróneo. Ahora bien el entrevistado no parece percibir esta contradicción. Tal vez pocos documentos como esta entrevista reflejen tan claramente la sustitución de una lógica política por una lógica militar en el accionar de la guerrilla, y la incapacidad para percibir su efecto en la sociedad. Todavía en febrero de 1971, el «Proyecto de Documento 5» manifiesta una visión triunfalista de la organización y es apenas crítica sobre los secuestros y sus secuelas:

En lo Organizativo: se ha cumplido una verdadera proeza en esta materia. Deslumbrante en toda América Latina. [...] Los golpes de agosto [de 1970] demostraron ciertas deficiencias, es una

²³ «Tupamaros y gobierno... », en J. HARARI, *op. cit.*, p. 303-304.

experiencia que debe estudiarse fue un buen ensayo general de modo de recomponer mejorando²⁴.

En una entrevista realizada por el periodista Lisandro Salazar en octubre de ese año, un tupamaro anónimo analizaba los efectos de la «ejecución» de Mitrione sobre la opinión pública y lo hacía con una mirada más distanciada de la actitud «gentil» que los había caracterizado en el pasado:

Previmos una reacción negativa del público a la ejecución, pero no estamos interesados sólo en la «opinión pública» sabemos cómo se fabrica, ¿verdad? especialmente la reacción inmediata. Hemos visto que la opinión pública que era adversa en el comienzo se vuelve favorable en muchas ocasiones ; éramos incluso para muchos de la izquierda sólo una «banda criminal». [...] Somos conscientes de que pagamos un precio en la opinión pública cuando lo hicimos, pero no estamos interesados en la simpatía sobre una base falsa. No queremos que la gente piense que somos Santa Claus²⁵.

La frase final suena como una justificación *post-facto* «Previmos una reacción negativa...» pero sobre todo expresa una ruptura con el pasado: el portavoz ya asume que, a partir de determinado momento, prevalecerá la lógica de la guerra; lo otro, la semejanza con «Santa Claus», era simplemente «una base falsa».

La prensa internacional, que antes se había interesado en los gestos «Robin Hood», también señaló el cambio de estilo. Pocos días después del asesinato de Mitrione, Richard Gott (un periodista que por sus antecedentes podía ser calificado como «una opinión benévola») escribía en *The Manchester Guardian*:

Hasta la semana pasada, cuando secuestraron y asesinaron a un asesor de la policía de Estados Unidos a quien el gobierno

²⁴ «Proyecto de Documento N° 5. Febrero 1971», en J. HARARI, *op. cit.*, p. 383.

²⁵ Lisandro SALAZAR, «We don't want people to think we're Santa Claus. Interview with a Tupamaro», en Ernesto MAYANS, Editor, *Tupamaros, Cuadernos N° 60*, CIDOC (Centro Intercultural de Documentación), Cuernavaca, México, Imprenta CIC, Julio de 1971, p. 4/153. Publicado originalmente en *Liberation News Service*, Nueva York, 18 de octubre de 1970. La traducción es mía.

uruguayo se negó a rescatar a cambio de la liberación de 150 presos políticos, la banda Tupamaros de Uruguay tenía la reputación de ser la guerrilla más inteligente y más afable en América Latina. [...] Pero los uruguayos se sorprenderán esta vez, en parte debido a que lo que ha parecido durante tanto tiempo una divertida broma de estudiantes ahora se ha convertido en una organización revolucionaria dura, determinada a no dar cuartel²⁶.

Sin embargo, y a pesar de la abundancia de evidencias en contra, muchos portavoces del MLN consideraban que el operativo realizado contra Mitrione había aumentado su popularidad. A fines de 1973, cuando el MLN estaba virtualmente desmantelado y ya se había producido el golpe de Estado en Uruguay, algunos integrantes del movimiento todavía consideraban que el film *État de Siège*²⁷ que relata el secuestro y asesinato de Mitrione, no reflejaba exactamente la realidad:

Una crítica que puede hacerse es la ausencia total de participación popular durante todo el desarrollo del film. Pensamos que la acción armada, primero el secuestro, luego la ejecución de Mitrione, provocó simpatías en la gran mayoría del pueblo y esto no se refleja en el film²⁸.

Resulta problemático encontrar alguna prueba de esa «simpatía» (mucho menos que esta se haya manifestado «en la gran mayoría del pueblo»), así como parece igualmente difícil relatar los acontecimientos de aquellos días y señalar alguna forma de «participación popular» en las decisiones del MLN. Por el contrario parece ser el momento en el que se produjo la fractura entre los postulados éticos del movimiento y la dinámica concreta de su acción. El gobierno captó el apoyo de la

²⁶ Richard GOTT, «Why the Jokers Turned Wild», en Ernesto MAYANS, Editor, *Tupamaros, Cuadernos N° 60*, CIDOC, *op. cit.* p. 4/135. Publicado originalmente en *Manchester Guardian*, 15 de agosto de 1970. La traducción es mía.

²⁷ Costa GAVRAS, Director, *État de Siège*, co-producción franco-italo-alemana, 1972. Consultada : 20 de marzo de 2016. <https://www.youtube.com/watch?v=WkHAzHKxKbw>. En el film, Yves Montand interpreta a «Philip Michael Santore», *alter ego* de Dan Mitrione.

²⁸ « Le combat des Uruguayens interroge le nôtre », *Frères du Monde* n° 82, *Supplément*, 9 de noviembre de 1973.

opinión pública presentando las acciones del MLN como violatorias de los «supuestos éticos» que serían patrimonio de la sociedad. Esto facilitó el desborde de las fuerzas represivas, cuya manifestación más ominosa fue la aparición del «escuadrón de la muerte» en julio de 1971.

A medida que la represión acosaba a la organización y su situación se volvía más comprometida, algunos de sus miembros formaron comités de propaganda en el exilio; entonces, la imagen «Robin Hood» se transformó en una pesada carga. Un balance redactado unos años después (aparentemente, en 1975) enumeraban las tareas que definieron como prioritarias:

[...] era necesario: 1) Destruir la imagen errada que aquí se tenía del Uruguay como la Suiza de América. 2) Cambiar la visión idealista que se tenía del MLN como los Robin Hood e invencibles²⁹.

1985: nuevo comienzo

En marzo de 1985 llegó la hora de la libertad para la dirigencia tupamara, que aún permanecían detenidos; y si en el pasado ganaron notoriedad por su forma peculiar de entender la lucha armada, ahora lo hicieron por su compromiso con la nueva democracia. En los complejos procesos de «autocrítica» que se desarrollaron a partir de su liberación, aceptaron que el descuido de la «acción política» había sido la causa de la derrota del MLN. La metodología de la lucha armada no era cuestionada por nadie; incluso algún documento afirmaba que «los errores del MLN no fueron determinantes de su derrota» sino que esta se incluía en la derrota general del movimiento popular uruguayo³⁰. Pero en general se aceptaba la existencia de una «desviación militarista» ocurrida a partir de la caída de la dirigencia «histórica» a comienzos de los años 70. En uno de los documentos de

²⁹ «Análisis de errores y aciertos en el campo de la solidaridad» (s/f. ¿1975?), Archivo Lucha Armada (5CEIU, FHCE), «Reestructura», fol. 1(r).

³⁰ «Malvín 2». «Informe de la Comisión de Autocrítica (24-25 de noviembre de 1985)» Archivo Lucha Armada, «Reestructura», fol. 2(r).

autocrítica previos a la 3ª Convención (1985), se ponía el acento en la responsabilidad de los estudiantes:

[...] ¿por qué los estudiantes y no los trabajadores?

A) Porque la política del MLN se orientaba hacia los sectores más radicalizados de la izquierda, no hacia la clase obrera.

B) Porque en ellos había mayor nivel de manejo de la teoría política.

C) Y porque tenían menos trabas para la militancia semi-legal o full-time (factores económicos, tiempo, compromisos laborales y familiares : referencias todas a la situación de clase...)³¹.

Sin duda la tentación militarista es constitutiva de la estrategia foquista y forma parte de la «implícita contradicción» de la acción clandestina que señalara Real de Azúa³². En la dinámica de la acción, los tupamaros no lograron incorporar la «violencia gentil» como una etapa constitutiva de su lucha política, y así pasaron insensiblemente de la «lucha política con armas» a la «lucha armada», dejando por el camino cualquier estrategia de masas.

En la definición de la estrategia fue objeto de intensos debates de los que resultó una redefinición de las prioridades: las líneas de acción inmediata promueven el relacionamiento con los movimientos de masas y la postergación de la lucha armada, un proyecto que, a tono con los tiempos y la experiencia, alteraba el inicial orden de prioridades. Las recomendaciones para los militantes del MLN (que ahora eran «legales») parecen profundizar el concepto de las primeras acciones:

Cada zonal del MLN deberá en adelante:

[...] Fundar por lo menos una cooperativa de vivienda por ayuda mutua, vinculándose al FACVAM [sic, por FUCVAM³³] (en los

³¹ «Reflexiones hacia la Convención. Barrio Sur», (s/f, ¿1985?), Archivo Lucha Armada, «Reestructura», fol. 15(v).

³² C. REAL DE AZÚA, *op. cit.* p. 95.

³³ Federación Uruguaya de Cooperativas por Ayuda Mutua, movimiento social que tuvo mucho protagonismo en la movilización social al final de la dictadura.

lugares donde no se pueda, «apadrinar» dicha fundación en otra zona)

Apoyar la movilización del FACVAM [sic]

Apoyar con medidas concretas los conflictos sindicales de esa zona

Fundar y apoyar policlínicas, guarderías, ollas, comedores, y todas las demás formas conocidas y a inventarse de poder popular.

Vitalizar o revitalizar «intersociales»³⁴.

Esta reorientación estuvo acompañada por una activa estrategia comunicacional: una emisora de alcance nacional y la publicación de un semanario («Mate amargo») de estilo llano y sencillo, más orientados a los problemas sociales que a la política. En esta redefinición estratégica, también reivindican las acciones antes «olvidadas» como el obsequio de alimentos robados de camiones de grandes almacenes. El documental «Tupamaros» de H. Specogna y R. Hoffman filmado en 1997 muestra a Fernández Huidobro conversando con una de las «beneficiarias» de un camión robado³⁵.

Pronto se vio el resultado de este giro: «Mate amargo» se convirtió en una de las publicaciones de mayor tiraje, y la emisora puso en comunicación a los dirigentes con los ciudadanos comunes; allí fue donde el estilo coloquial de José Mujica se transformó en una referencia para una audiencia creciente. Esto les dio un extraordinario resultado en los años siguientes, hasta transformar a sus dirigentes históricos en figuras de relevancia nacional y a su sector político (que se incorporó al Frente Amplio en 1989) en mayoritario en la coalición.

Esto podría suponer una crítica hacia las opciones estratégicas originarias del MLN. Su historia parece mostrar que la línea insurreccional aisló socialmente al movimiento y lo llevó a la derrota. Entonces ¿no hubo un error en la estrategia? Es

³⁴ «Agregados y modificaciones al documento ya circulado de propuestas al C.C. por la Comisión especial» (25 de febrero de 1985), Archivo Lucha Armada, «Reestructura», fol. 8.

³⁵ Heidi SPECOGNA y Rainer HOFFMANN, Directores, *Tupamaros*. Co-producción Suiza-Alemania, 1997. Consultada: 20 de marzo de 2016. <https://www.youtube.com/watch?v=RZvScFXokHo>. La conversación en minuto 26:22 a 28:25.

difícil decirlo sólo desde esta perspectiva. Es cierto que «el gobierno» ayudado por «la prensa» manipuló la opinión demonizando las acciones de «la Orga», y que hubo una «desviación militarista» en las acciones posteriores a 1970. Pero esto forma parte de lo previsible en una opción insurreccional.

También puede invertirse el argumento, imaginando que si en el comienzo se optaba por la estrategia «de masas» se hubiera adelantado este éxito en el tiempo sin tener que pagar el peaje de muertos, tortura y cárcel. Pero tampoco parece una crítica acertada: la experiencia del foquismo es también un fundamento del éxito electoral del presente: presentada como una mística no exenta de picardía, la revolución de los años 60 ha alimentado un imaginario insurreccional que se suma a las tradiciones guerreras de los partidos del siglo XIX uruguayo. Irónicamente, la lucha por la construcción de la utopía ha funcionado como un mecanismo de tradicionalización política, devorada ahora por las seguridades del pasado.